

De luciérnagas, daños colaterales y revolución¹

FIREFLIES, COLLATERAL DAMAGE AND REVOLUTION

Persona

José Carlos Agüero

Lima, Fondo de Cultura Económica, 2017

En tiempos en que resulta cómodo ubicarse en la dicotomía blanco-negro, categorizando a la humanidad entre buenos y los malos, José Carlos Agüero Solórzano opta por la complejidad de los grises. Mientras todavía hay sectores que interpelan con la certeza de quien vislumbra el camino antes que el resto, este autor enuncia y luego duda, propone y después pregunta, con la modestia de quien se permite ser crítico y reflexivo aun con las propias palabras. En medio de tanta lectura que olvidamos al dar vuelta la última página, *Persona* es de aquellos textos que continuamos digiriendo al pasar el tiempo.

Si ya con *Los rendidos* (2015) este autor abrió la puerta a preguntas inoportunas a la historia reciente y la propia biografía, y en tiempos donde la escucha a las miradas críticas e inquisitivas todavía resulta esquivada, *Persona* nos lleva a lugares complejos que, a la vez, han sido históricamente las grandes reflexiones de la humanidad. Se pregunta por los resabios de la violencia política, esa que ha vuelto a ser aceptable con los estallidos sociales, ante la injusticia y la falta de reconocimiento

¹ Esta reseña es resultado del proyecto Anid-Fondecyt “Voces intergeneracionales: madres e hijos en el contexto de la militancia de la Nueva Izquierda Revolucionaria del Cono Sur en la historia reciente”, N° 11170200.

(Honneth). Esa que en los largos sesenta fue ampliamente aceptada en Latinoamérica, puesto que prometió salvar a las grandes mayorías, aunque sin preguntarles si estaban de acuerdo con los sacrificios que esto implicaría y que, en el camino, muchas veces se olvidó por qué y cómo se llegó a esa determinación. Piensa en torno a la responsabilidad de quienes optaron por un bando, cómo lo humano de estas personas ha intentado borrarse, evadiendo matices para elaborar clasificaciones simples, en un presente manipulado que se niega a admitir posibles respuestas que nos hagan sospechar respecto de si realmente estamos del lado de la bondad.

Agüero se detiene en las huellas de quienes nos arrebataron en el violento pasado reciente, no solo en los registros materiales u orales, sino aquellas personas que seguimos buscando para despedirnos y enterrarlos: huesos y dientes amados que nos confirman que una parte de los cuerpos de quienes abrazamos se encuentran allí. Esos que —en las búsquedas forenses necesarias— se miran con los ojos de la ciencia, se numeran y describen. La posibilidad espantosa, pero real, de que los niveles de violencia del pasado no sean la excepción, sino una constante de la humanidad, cuestión que se actualiza como pregunta con el estallido de Chile en octubre del 2019 o con las recientes y masivas protestas en Estados Unidos amparadas en el movimiento “Las vida negras importan”. Como si aquello que nos horrorizó tras la Segunda Guerra Mundial y los acuerdos tras esta para hacer posible la convivencia humana nunca hubieran existido, y categorizar vidas humanas con mayores o menores niveles de dignidad nuevamente fuese aceptable o parte de una supuesta libertad de expresión.

Si las palabras de José Carlos Agüero incomodan en todo el orbe, resultan aún más problemáticas en el Perú, país en que la violencia política tiene una historia reciente y resultados espantosos, cuestión agudizada al provenir de la boca de un hijo de militantes de Sendero Luminoso². Terroristas para algunos, héroes para otros, dicotomía que el autor no

² Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL), organización maoísta fundada por Abimael Guzmán en 1980 que estuvo particularmente activa hasta 1992, cuando se fraccionó tras el encarcelamiento de su líder. Según la Comisión de la Verdad y Reconciliación que investigó las violaciones a los derechos humanos entre 1980 y el 2000 (cifrada aproximadamente en 24.000 personas muertas o desaparecidas), alrededor de la mitad se atribuirían a este grupo armado. Ver <http://www.cverdad.org.pe/ifinal/index.php>

elude, sino que cuestiona. El “hijo de”, que escapa al binarismo simplificado para observar descarnadamente la historia de este país andino y también la propia. El hijo-poeta-historiador que no escribe para defender ni para realizar juicios simples, ese que –incluso rechazando atrocidades cometidas por Sendero Luminoso, puesto que trabajó recogiendo relatos de personas cuyos derechos habían sido violados durante la guerra interna– puede describir a la madre guerrillera como una mujer amorosa y de voz bella a la que le hubiera gustado cuidar de anciana.

Tal como señala Jacques Derrida, el heredero tiene un doble mandato: aceptar la herencia y luego definir qué parte de ella elige, puesto que no es alguien que solo recibe, sino que también escoge y se pone a prueba decidiendo (16). Y es justamente eso lo que vemos en *Persona*. Un heredero que rechaza su herencia, y que tampoco la acepta cual designio a defender, sino que hurga hasta la herida a partir del lugar dado, dislocándose de la posición inicial, buscando respuestas, generando preguntas inoportunas y necesarias. Agüero ausculta con sospecha el legado de sus progenitores, señalando respecto de ellos y las vanguardias iluminadas del pasado reciente: “El revolucionario creía que tenía el conocimiento para adjudicarse el uso responsable de la violencia. La que era necesaria racionalmente. Que poseían moral y juicio para decidir en nombre de otros, de casi todos, cuándo, cuánto y cómo debían matar por el bien” (83).

Doblemente endeudado como heredero (Derrida 14), carga con el peso de nunca ser lo suficientemente bueno como sus padres –en los ojos de algunos– y a la vez de heredar las culpas –para otros–. “Eres la vergüenza de tu familia” (Agüero, *Persona* 123) le dice un tipo que lo busca como hijo de mártir y no lo encuentra, porque es un descendiente que interpela y, con ello, a la generación revolucionaria completa: “¿Los que sufren sin querer, los que son daños colaterales? Ojalá te alcancen las razones para explicarle a alguien que son un accidente del camino hacia el bien” (103). Desde el lugar filial, secundario ante la una revolución avasalladora, soberbia, necesaria y urgente les enrostra:

¿Eres consciente de que tendrás que colocar en segundo plano a tu familia? ¿Tus amigos, tus hermanos, tu madre y tu padre, tus abuelos? ¿Tus hijos, sobre todo ellos, cosas secundarias, costos aceptables al lado de tu tarea? Un revolucionario debería tener como requisito ser estéril. Como la revolución (104).

Al mismo tiempo, *Persona* describe los tiempos de la revolución desde dentro, sin la faramalla de la supuesta distancia necesaria, sino embebido en esa cotidianidad de la emergencia que arrastró también a la infancia del período a tener responsabilidades revolucionarias. Guiar a una persona-paquete por encargo de la madre militante. Sentirse guerrillero. Quizá experimentar orgullo por sentirse guerrillero, reconocido en esa revolución adulta que poco vio a la niñez, salvo como herederos que continuarían o habitarían el proyecto ya definido por los progenitores. Saber que la persona-paquete murió al día siguiente. Guardar silencio, como buen niño-adulto.

Este relato permite observar a los revolucionarios-guerrilleros-progenitores como seres humanos, lejanos de la monstruosidad y del heroísmo, objetivo que se plantea cuando señala que este buscó “dejar de verlos como fanáticos manipulados, al devolverles el dominio de su voluntad, su responsabilidad moral se encarnaba” (Agüero, *Persona s/n*). Porque la construcción de estereotipos solo reproduce el daño, y hace parte de lo que este autor llama “las fábulas sobre la patria, la memoria, los héroes o la moral”, esas que han adherido forzosamente a la nación (Ahmed) tapando fisuras que rebrotan cada tanto, precisamente porque nunca fueron expuestas, trabajadas o selladas. Cicatrices mal cubiertas cuyo relieve evidencia el malestar latente cada vez que la capa de polvo abandona la piel.

Retrata a la madre con la admiración del niño de entonces, la critica como el adulto de hoy, y el cariño del hijo que siempre será. ¿Dónde buscar a esa madre revolucionaria, la libélula de mar extraña que algunos quisieran exhibir?, se pregunta. ¿En los recuerdos de su voz entonando canciones en horas cotidianas? ¿En las personas vivas y muertas que dañó a su paso de mujer revolucionaria? ¿En el polvo del lugar donde descansan sus restos y en el que imagina un cuerpo que hiede y se pudre? La ve en los sueños, haciendo vida cotidiana, sueños que devienen pesadillas porque al finalizar obligan a volver a la realidad. Esa en que la madre salió ese último día para no regresar. Nada ayuda a cambiar ese día y lo que vino después, ni siquiera la culpa fantasiosa sobre lo que podía haber hecho para cambiar las cosas. La imagina anciana, cuidándola, viéndola envejecer mientras le lee en voz alta. Acompañarla, verla salir de la cárcel y seguir siendo un hijo, incluso un hijo enrabiado con la madre-guerrillera-cantora. Porque no es lo mismo guardar rabia para los vivos que tenerla con los muertos.

Para Derrida la herencia implica la pasividad de recibir y a la vez la posibilidad activa de transformar, “no dejar intacto, indemne, no dejar a salvo ni siquiera eso que se dice respetar ante todo. Y después de todo. No dejar a salvo: salvar, tal vez, todavía, por algún tiempo, pero sin ilusión sobre una salvación final” (12). Y eso hace José Carlos Agüero incluso con la propia madre a la que nos hace amar a través de su recuerdo; así, humana, contradictoria, alegre y brutal a la vez, libélula compleja y extraña en un mundo en que las madres se edifican homogéneas y perfectas en el ideal, si bien está plagado de madres imperfectas que aprendemos a querer u odiamos a rabiar.

Y vuelve a la violencia de Perú y de Latinoamérica completa en su pasado reciente e incluso en el presente. La violencia del Estado para mantener el *statu quo* de la desigualdad que resulta violenta, aunque no utilice armas de fuego. Las respuestas violentas de quienes en razón de sus ideales buscaron mejorar el mundo para las mayorías, incluso a costa de las mismas. Los daños colaterales que estas luchas dejaron a su paso, demasiados como para obviarlos. Los hijos e hijas pospuestos o dejados, en la búsqueda del bien de una niñez colectiva y sin rostro. La militante de Sendero Luminoso que abandonó al recién nacido para cumplir la orden de sus mandos, cubriéndolo con ramas y piedras para que el llanto no delatara al grupo clandestino (Agüero, *Persona* 27). La imposible niña en el andamio del afiche, esa que en la guerra interna del Perú hubiera sido violada, no importa por qué bando, pues como señala Agüero: “La narrativa del vencedor, aunque sea un vencedor pobre, olvidado, haciendo taxi, tiene la semilla de la amenaza. Te salvaré cuantas veces sea necesario. Te cuidaré. Y te contaré cómo lo hice. Si sobrevives” (*Persona* 85). Nos advierte que la promesa se vuelve amenaza y la posibilidad de transformarse en la pesadilla de otros, cuando en el camino hacia la salvación el fin justifica los medios.

Persona es un libro con microrrelatos, con poesía. Con dibujos e imágenes, con recuerdos y elucubraciones. Collage de preguntas, reflexiones sarcásticas. Es, sobre todo, una cicatriz mal cerrada y gruesa expuesta sin maquillaje y que invita a pensarnos como comunidad, a mirar el mal que nos habita, a sospechar sobre la bondad pura. A preguntarnos si podemos construir un mundo en el que no terminemos extintos en la búsqueda del bien puro, que –por supuesto– solo unos pocos podemos ver.

Persona no tiene un final feliz. Incluso no tiene un final. Es más bien una alerta sobre el pasado reciente, ofrendado para pensar colectivamente mejores futuros. Una alerta que se actualiza con los devenires recientes de la región y el mundo, los estallidos ante la indignación por la falta de reconocimiento, la injusticia e impunidad, los abusos reiterados, la desigualdad que la pandemia hizo evidente. En este libro, José Carlos Agüero, premio Nacional de Literatura 2018 precisamente por este texto, se muestra transparente e inacabado, con una honestidad descarnada, cuestión que nos interpela y obliga a desnudarnos. Sinceramente, espero que algo tengamos que decir.

TAMARA VIDAURRÁZAGA

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

tamaravidaurrazaga@yahoo.es

BIBLIOGRAFÍA

- AGÜERO, JOSÉ CARLOS. *Persona*. Lima, Fondo de Cultura Económica, 2017.
- _____. *Los rendidos. Sobre el don de perdonar*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2015.
- AHMED, SARA. *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México, Ediciones UNAM, 2015.
- DERRIDA, JACQUES Y ÉLISABETH ROUDINESCO. *Y mañana qué...* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- HONNETH, AXEL. *Crítica del agravio moral: patologías de la sociedad contemporánea*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2009.